

De las fincas y las casas a las rutas y las plazas: las protestas y las organizaciones sociales en la Argentina de los mundos “rururbanos”. Una mirada desde América Latina

NORMA GIARRACCA*



Este congreso de los sociólogos rurales de América Latina, a fines de 2002, nos encuentra en un momento de grandes crisis y transformaciones institucionales, después de una larga década de resistencias a unas políticas basadas en los principios del neoliberalismo, ejecutadas por la mayoría de los estados nacionales bajo la atenta mirada y asesoramiento de los organismos de crédito internacionales.

El triunfo del Partido dos Trabalhadores en Brasil que lleva a un político de origen obrero-sindical a la máxima magistratura del gobierno, la llegada al gobierno – por medio de las elecciones – de la alianza de los coroneles y campesinos indígenas ecuatorianos que había protagonizado una histórica marcha en los comienzos de 2000,¹ así como la heterodoxa democracia venezolana con sus componentes rebeldes a las políticas neoliberales y la crisis de legitimidad institucional de Argentina, son sólo algunas situaciones novedosas en el continente. A partir de ellas se pueden pensar los procesos de América latina en momentos de pasajes, atravesando un escenario incierto, pero diferente al que se había concretado con cierto grado de consenso

* Profesora Titular de Sociología Rural y Coordinadora del Grupo de Estudios Rurales de la Facultad de Ciencias Sociales, Instituto Gino Germani, Universidad de Buenos Aires.

social alrededor de los principios del libre mercado articulado a democracias delegativas y formales que aplicaron los programas de ajuste.

Estos nuevos escenarios actuales tienen mucho que ver con las acciones colectivas, de protesta, de surgimiento de nuevos actores sociales, de resignificaciones de ciertas trayectorias políticas de la región, que se fueron desplegando a lo largo de la última década del siglo XX. Y muchas de estas nuevas experiencias tienen que ver con los mundos sociales rurales y agrarios. Dice el *Report on Rural Movements* de NACLA (2000) que en muchas partes de América Latina, los movimientos sociales rurales han tomado el centro de los escenarios políticos de sus naciones. Y agregamos nosotros, que no sólo en países con fuertes tradiciones de luchas campesinas como México o Brasil, sino que en países de fuertes tradiciones de luchas obreras urbanas como en la Argentina, aparecen nuevos actores que ya no están, necesariamente, articulados a los mundos industriales. En efecto, en este país de urbanización temprana, la protesta de los noventa se “desterritorializó” y comenzó a desplegarse en los mundos rurales y de baja urbanización (lo que en este trabajo llamamos “rururbanos”) con actores de muy baja visibilidad política pública en la historia de las luchas sociales argentinas: desocupados, indígenas, campesinos, mujeres agricultoras, etcétera.

El retroceso de las amplias mayorías en la participación de las riquezas nacionales, se dio durante dos décadas, “la perdida” – la de 1980 – en términos de la CEPAL, y la de los noventa que registró tales índices de pobreza que afligen a los propios constructores de este modelo concentrador de riquezas. Un informe sobre el Panorama Social de América Latina 2002-2003, de la CEPAL, muestra que si bien los porcentajes de la pobreza bajaron entre 1990 y 2002, de 48,3% a 43,9%, en volumen absoluto de población se registró un aumento de 20 millones de pobres (pasó de 200 millones a 220 millones). Lo mismo ocurre en el nivel de la indigencia. Tal vez el caso más dramático sea el de la Argentina, cuyos

gobernantes siguieron al pie de la letra los dictados del Fondo Monetario Internacional endeudando al país, entregando sus recursos naturales a las empresas transnacionales, flexibilizando el mercado laboral y desregulando la economía. Todo lo cual, condujo al país a una de las crisis más profundas de su historia; entre 1999 y 2002, el porcentaje de pobres casi se duplicó (pasó de 23,7% a 45,4%) mientras los indigentes se multiplicaron por tres. En realidad, no sólo América latina sufrió las consecuencias del modelo neoliberal, el crecimiento de la economía mundial fue más bajo entre 1980-2000 (época de oro del liberalismo y de la desregulación que se hacía en nombre del crecimiento) que en los años 1960-1980 período de regulaciones y proteccionismos (Bernard Cassen, 2003).

Pero así como al finalizar la década de 1990, la protesta se hizo global, internacional, enfocada a los organismos internacionales que fueron activos actores de estas transformaciones (Organización Mundial del Comercio, Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, etc.), en muchos países de América latina, novedosas y significativas resistencias que se desplegaron durante toda la década encontraron en 1994, un momento donde irrumpieron “pensamientos”, en el sentido filosófico del concepto. La aparición del movimiento zapatista en México en el mismo instante en que el país ingresaba al TLC (Tratado de Libre Comercio), colocó en el espacio de las resistencias nuevos pensamientos políticos, por primera vez a distancia del estado, centrados en la autonomía, con una lógica discursiva más cerca de la “estética expresiva” que de la “científica” de los viejos discursos de izquierda de las décadas de los sesenta y setenta.

El desarrollo de la tecnología de información y comunicacional habilitó nuevas formas de circulación del capital financiero que fue uno de los pilares del nuevo modelo, pero también permitió la acción a distancia de los grupos en resistencia. Y tal vez el ejemplo paradigmático de esto fue la propagación de las ideas del zapatismo y su tremendo impacto en una población mundial que vivía con cierto malestar los avances “deshumani-

zante” del capitalismo neoliberal. Hoy, muchas de las ideas del zapatismo circulan por espacios académicos, culturales, artísticos y encuentran muchos aliados entre los mundos sociales urbanos europeos. De hecho, el primer Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo, llevado a cabo en Chiapas a fines de julio de 1996 por iniciativa del EZLN (Ejército Zapatista de Liberación Nacional), con la presencia de casi medio centenar de organizaciones de la resistencia de todo el mundo, es considerado el antecedente más importante de la serie de protesta que se conoce como movimiento antiglobalización neoliberal.

Casi simultáneamente al levantamiento zapatista, en una pobre provincia de la Argentina, con altas proporciones de población rural, en una ciudad capital donde la gente vive de la administración pública o de los servicios hacia la agricultura – me refiero a la provincia de Santiago del Estero – la población se levantó contra el estado provincial, quemando los edificios y persiguiendo a los “políticos corruptos”. Ese episodio, en pleno gobierno de Carlos Menem, se recuerda como el “santiagoueñazo” y es uno de los importantes antecedentes de la crisis de legitimidad política de comienzos del nuevo siglo. A los pocos meses de todo esto, en junio de 1994, en Ecuador, los indígenas de todo el territorio convocaron a una movilización que paralizó durante dos semanas el país. Como sostiene Nina Pacari (1996), abogada y líder del la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE), la protesta se orientó en contra de la Ley de Desarrollo Agrario, pieza clave del plan de ajuste estructural del programa implementado por Sixto Durán Ballén.

La ley aprobada por el Congreso apelaba por la eliminación de las tierras comunales a favor de la agricultura empresarial, acompañando otras medidas que favorecían los intereses de los grandes terratenientes. Se ignoraba todo lo concerniente a los indígenas, campesinos, y pequeños agricultores del Ecuador (p.

23, mi traducción).

Podríamos sumar a este listado de protestas y resistencias campesinas e indígenas con sus ramificaciones a las poblaciones urbanas, al Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra de Brasil así como los muchos otros sindicatos campesinos de este país como la Confederação Nacional de Trabalhadores na Agricultura (CONTAG); la Federación Nacional Campesina de Paraguay, los movimientos campesinos e indígenas de Bolivia, Colombia, Perú, Chile. La mayoría de ellos se integran en la organización latinoamericana que los agrupa – Congreso Latinoamericano de Organizaciones Campesinas (CLOC) – y a través de ella, a la organización internacional Vía Campesina. Del mismo modo a lo largo del continente se van desplegando luchas por la preservación de recursos naturales como el agua en encuentros de poblaciones campesinas y de pequeños centros urbanos como son los casos de Cochabamba y de la protesta por la privatización del agua en el sur de Tucumán en Argentina. Las poblaciones mapuches del sur argentino reclamaron por la instalación de una empresa minera, aduciendo lo que significaría en términos de gasto del agua y los campesinos bolivianos se oponen a la exportación del gas boliviano a Chile. Significativamente, nuevos reclamos, nuevas estéticas comienzan a circular de uno al otro lado del continente sin que sus protagonistas, que coinciden en sumar al reclamo histórico de la tierra otros recursos naturales, necesariamente, sepan unos de los otros.

Los encuentros entre estas organizaciones en federaciones continentales e internacionales, la movilidad territorial de algunos de los dirigentes así como los principios de orden político universalizables como pueden ser la “soberanía alimentaria”, el respeto a la biodiversidad, bioseguridad así como a la diversidad cultural, los derechos humanos, el respeto a la igualdad de género, marcan las novedades, producen nuevos sentidos y deben desafiarnos a pensar (véase Vía Campesina). Todavía es mayor el desafío de comprensión acerca de lo que ocurre en el sur mexi-

cano, en los niveles de las experiencias de las comunidades autónomas como en el de un nuevo pensamiento que se expresa una y otra vez en los materiales de la organización zapatista y que no puede ser interpretado con los conceptos tradicionales que solíamos manejar los cientistas sociales unas décadas atrás.

Querría terminar esta introducción con un interrogante. ¿Estamos los sociólogos rurales de América latina a la altura de estas circunstancias? ¿Tenemos nosotros conceptos, ideas nuevas para los problemas que plantean estas situaciones? ¿Pueden nuestros trabajos, nuestras reflexiones, acompañar los derroteros de estos nuevos pensamientos activos que se despliegan por el continente?

1. El modelo agrario neoliberal en la Argentina

Los datos del Censo Nacional Agropecuario (CNA) realizado en 2002, en todo el territorio de la Argentina, muestran una fuerte caída de la cantidad de explotaciones agropecuarias del país. En el nivel nacional, la disminución es del 24,5%, en relación con el CNA de 1988. Pero la proporción aumenta sustancialmente en provincias como Buenos Aires (33%), Córdoba (36,4%), Neuquén (41,4%), Tucumán (41,2%), Corrientes (35,7%), San Luis (39,3%) y Mendoza (31,6%). Esta tendencia a la concentración agraria fue anunciada por trabajos académicos, consultoras privadas y el mismo Instituto Nacional De Estadísticas y Censos.

A fines de la década del noventa, se calculaba que desaparecían 435 tambos lecheros por año; algunos trabajos académicos estimaban una disminución de explotaciones en el Alto Valle del Río Negro, en Santa Fe y en Tucumán. Algo similar anticipaban los estudios sobre la Región Pampeana: Eduardo Basualdo, a cargo del equipo de investigaciones económicas de FLACSO, adelantó hace tiempo la concentración agraria y midió la concentración de la tierra (con fragmentaciones ficticias). Por otra

parte, en 1999, Miguel Murmis escribió un artículo sobre el agro, en el que se refería a los “mega empresarios” con notoriedad periodística, como George Soros, con campos en el Noroeste y el Noreste, en Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba, y el grupo Benetton expandiéndose hacia el sur.

Según el CNA, la superficie media por explotación para 2002 es de 538 ha., es decir, 68 ha. más por explotación que en 1988 (470 ha.). Esta cifra es aún más significativa si la comparamos con los promedios de las explotaciones agrarias de EEUU, que no superan las 200 ha., o de la Unión Europea, que no superan las 50 ha. En EEUU, sólo en los Estados de New México, Nevada, Wyoming y Arizona existen ranchos cercanos a las 2000 ha. En mi país, cuando hablamos de los “mega empresarios” agropecuarios, estamos frente a una magnitud de 350.000 hectáreas.

Estos rasgos del campo argentino surgen como resultado de una década de políticas neoliberales tanto en el nivel de la economía general como otras referidas al sector agrario. A comienzos de la década de 1990, el gobierno de Carlos Menem, con su ministro de economía Domingo Cavallo, decretó la “desregulación económica” que afectó básicamente al campo (véase Teubal y Rodríguez, 2002). Se daba fin a un modelo de desarrollo agrario en el que habían coexistido la gran explotación de los terratenientes con la pequeña y mediana agricultura de carácter familiar. La medida se basaba en el supuesto – que fue aceptado acríticamente por la mayoría de los especialistas en el sector – de que la liberación que se propiciaba desataría un proceso de crecimiento que, con el tiempo, “derramaría hacia abajo”.

Si bien en los primeros años de la década los únicos perjudicados por estas medidas fueron los sectores subalternos (campesinos, pequeños capitalistas, jornaleros) a mediados de los noventa, se produjeron, por un lado, fuertes bajas en los precios internacionales de los productos, y por otro, marcados cambios en las condiciones internas generadas por la convertibilidad, las privatizaciones y la desregulación total del sector. En tal contexto, el camino elegido por los fuertes actores económicos, con el apoyo del Estado y con la ayuda de un eficaz dispositivo comunicacional,

fue “la salida hacia adelante”: aumento de la producción agropecuaria con especialización en oleaginosas y aumento de las exportaciones de sus derivados. Para ello se optó por nuevas tecnologías (las semillas transgénicas), nuevas prácticas agronómicas (la siembra directa) y por organizaciones empresariales con determinadas escalas de producción, complementadas por contratistas, subcontratistas y terceristas. El territorio elegido fue el país en su conjunto. Esta decisión comportaba cambios en las orientaciones productivas y en la estructura social agraria, con la consecuente desaparición de muchos agricultores.

Los datos del CNA evidencian esta transformación: en tres regiones del país – el Noroeste, el Noreste y la Región Pampeana – se observa, con relación a 1988, un aumento del 138%, 86% y 60% respectivamente de la superficie implantada con oleaginosas, es decir, la soja; un escaso 23% de aumento de la superficie implantada con cereales en la Región Pampeana y una significativa disminución de la superficie implantada con cultivos industriales en el Norte. Los cultivos industriales fueron los que conformaron el espacio social y rural de las economías regionales: la caña de azúcar en Salta, Jujuy y Tucumán; la yerba mate, el té y el tabaco en el litoral; la vinicultura en Mendoza, etcétera.

Es decir, el fuerte aumento de la producción de soja se produjo en detrimento de otros cultivos agropecuarios: los tambos en Santa Fe y Córdoba, la caña de azúcar y la horticultura en Tucumán; las yungas salteñas; los árboles frutales, las leguminosas, lentejas y arvejas, el ganado porcino en la provincia de Buenos Aires, etc. Y también – y esto es tan importante como lo anterior – en detrimento de una gran cantidad de campesinos con propiedad ventiañal (más de 20 años ocupando la tierra), desalojados por los nuevos inversionistas sojeros con el beneplácito de los funcionarios provinciales y con la presencia de grupos armados en un país donde esta situación no se conocía.²

En el nivel productivo, el sector agrario logró cosechas récord y valo-

2 Registrados por un informe de la Secretaría de Derechos Humanos del gobierno nacional en agosto de 2003.

res de exportación de las manufacturas de origen agropecuario, duplicadas en una década. Los actores económicos que llevan a cabo esta transformación – las poderosas empresas como Monsanto, Niderca, Novaris; los exportadores; los grandes productores que se expanden, etc.– se ubican en posiciones relativas muy ventajosas, gracias a un sector de muy alta rentabilidad debido a un recurso natural que responde como siempre ha respondido la tierra en la Argentina. También se benefician otros sectores en forma directa o indirecta: contratistas, terceristas, estudios agronómicos, grandes comercios de agroquímicos y de productos para el agro, fabricantes de maquinarias, bancos, empresas aseguradoras, una franja de productores medios que toman más tierra, publicaciones agraristas que reciben avisos, etc. Es probable que algunas poblaciones no inundadas del interior de la Región Pampeana se vean beneficiadas también con esta expansión.

No obstante, sabemos con certeza que los pequeños y medianos productores (hasta 200 ha.) no pudieron ingresar al nuevo “modelo sojero” y que, anteriormente, con la rotación productiva de sus 50 ó 100 ha., vivían dignamente, daban trabajo a su familia y a terceros, educaban a sus hijos y renovaban sus equipamientos agrarios. Sabemos que la desaparición de esta franja de productores que consumían y operaban en el lugar derivó en consecuencias nefastas para los poblados y ciudades intermedias que están rodeados por el campo y que vivían de actividades derivadas de él (talleres mecánicos, pequeños comercios de insumos agropecuarios, aseguradoras, cooperativas, etc.). En la mayoría de los pueblos y pequeñas ciudades del interior se registra un gran deterioro económicosocial.

Los campesinos del norte del país comenzaron a ser desalojados de sus tierra o rodeados por explotaciones sojeras que, en muchos casos, contaminan sus tierras, sus animales y afectan la salud de las poblaciones (véase Domínguez, Lapegna y Sabatino, 2003). Los pequeños y medianos productores que se endeudaron para entrar en el modelo, perdieron o

están amenazados de perder sus tierra por la presión de sus acreedores. Otros, los que se transformaron en pequeños rentistas cediendo las tierras a los grupos de inversión sojera, no terminan de insertarse en pueblos con altas tasas de desocupación. Los datos acerca de la pobreza y la indigencia que acompañan a este proceso ya fueron mencionados en la introducción de este trabajo.

2. La protesta social de la década

Las manifestaciones sociales y culturales de estos procesos se registraron en todas las regiones del país, desde la rica región pampeana hasta el norte campesino. No obstante, la misma situación estructural habilitó dos tipos de acciones de los sectores subalternos: 1) trataron de adaptarse a las nuevas circunstancias económicas por medio de en lo que en nuestros trabajos llamamos “estrategias sociales”, tales como la pluriactividad, la multiocupación, las migraciones temporales, organizando formas asociativas para emprender partes del procesos productivo o la compra de insumos con el fin de abaratar costos, etc. y 2) comenzaron a protestar en primer lugar intentando movilizar a los viejos gremios que representaban a los pequeños y medianos productores, la Federación Agraria Argentina, y luego claramente al margen de ésta, buscando nuevos modos de expresión, nuevas estéticas en la acciones y nuevas demandas.

La protesta que registramos durante toda la década de 1990, se diferencia claramente de las de otras décadas de la historia argentina. Para no irnos muy lejos, durante los años de 1970 tanto las centrales sindicales como la organizaciones territoriales o las ambiguas Ligas Agrarias, estaban insertas en un proyecto de “transformación de las estructuras vigentes”, los objetivos políticos en relación con el estado eran evidentes. Durante los años de 1980, con la llamada “transición democrática” las protestas giraban sobre dos ejes: la pérdida de la participación obrera en la economía y los

derechos humanos. El centro de ambas protestas fueron las grandes ciudades aún cuando en el filo de los noventa una lucha local conmovió el país desde una clara reivindicación universal: Catamarca aclamaba por justicia.³

La protesta de los noventa ya no se daba en los centros urbanos prioritariamente, sino que durante toda la década que va desde 1991 hasta 2001, se registra en la mayoría de las regiones de la Argentina. Se sumaban a los reclamos históricos de un “interior” postergado en la etapa “modernizadora”, las nuevas demandas originadas por la aplicación de las políticas neoliberales que restringían y anulaban derechos sociales de la población. Con algunas excepciones (que veremos más adelante) las protestas se originaron por la pérdida de derechos sociales activada por las políticas de corte neoliberal.

En efecto, los rasgos más significativos de la protesta de los noventa fueron, por un lado la “desterritorialización”, es decir ya no darse en centros urbanos industriales sino de norte a sur del país, y por otro lado, el tipo de reclamo que la caracterizó. Las demandas de las miles de protestas sociales registradas en la década estuvieron fuertemente orientadas a: preservar derechos sociales adquiridos durante el siglo XX (condiciones de trabajo, salarios dignos, educación pública, etc.); preservar pequeños patrimonios familiares (como son los casos de pequeños y medianos empresarios agrarios o industriales amenazados por las deudas); demandar un ingreso mínimo frente a la pérdida del trabajo remunerado (la lucha de los desocupados), etc. Es decir, en general son protestas de “defensa” y “preservación” frente al avance de las políticas “expropiatorias” del neoliberalismo. De allí que muchas veces se caracteriza a estas acciones como fragmentadas ya que se mantuvieron en el orden de lo social y sin

3 Una joven estudiante fue asesinada por hijos de funcionarios del gobierno provincial y, como muchas otras veces, se intentó tapar las pruebas. Durante muchos meses las “marchas del silencio” de las adolescentes, sus padres y una monja, conmovieron a todo el país. La derivación de este caso fue la retirada del gobierno provincial del Partido Justicialista con una tradición del peor caudillismo regional. Hasta el día de hoy, una coalición opositora sigue ganando las elecciones y los asesinos están presos.

llegar a ser corporativas, no lograron trascender la pura protesta.

Nuestros estudios se basaron en territorios que caracterizamos como “rurubanos”, tomando las acciones de los actores agrarios como agricultores, trabajadores, etc. y otras desplegadas en poblados y ciudades de baja organización (el criterio de ciudad intermedia de 50.000 habitantes).

Para mostrar algunos aspectos de la protesta de la década en el interior del país, tomaremos el año de 1999 para el que contamos con un mapa completo de las distintas regiones (para el resto de la década contamos con una base de datos por muestreos regionales, véase Giarracca, 2001). La base, con registros de periódicos provinciales, se construyó, como decíamos antes, tomando dos criterios: a) que las acciones las desarrollaran sujetos agrarios (campesinos, agricultores en general, trabajadores agrarios o agroindustriales) en cualquier territorio del país (incluida la Ciudad de Buenos Aires) y b) acciones de protesta de otros sujetos sociales en territorios de bajo nivel de urbanización. Este último criterio se tomó sobre el supuesto de que en tales ciudades la influencia de las crisis de los sectores agrarios y extractivos tuvieron consecuencias sociales de gran consideración. Estas pequeñas ciudades, además, desarrollaron muchos aspectos que las acercan a la “nueva ruralidad”. Son asentamientos de productores y mano de obra agraria, sus servicios están dirigidos al campo, etc.

La protesta de 1999, de carácter agrorural, se enmarca en la protesta nacional de toda la década y forma parte de lo que conceptualizamos como un “ciclo de protesta” (Tarrow, 1997) que finaliza con los acontecimientos del 19 y 20 de diciembre de 2001 en la Ciudad de Buenos Aires. Desde allí comienza, a nuestro juicio, otra etapa donde la Ciudad de Buenos Aires y el Gran Buenos Aires son los territorios que juegan como centros de atención mientras el interior entra en un período de transición. Tanto las nuevas condiciones de producción (por la devaluación) como los nuevos discursos y prácticas políticas generados a partir del 19 y 20 de diciembre, sitúan al interior en forma diferenciada.

Durante toda la década, el país estuvo atravesado por una serie de

protestas sociales dirigidas básicamente al estado en sus manifestaciones nacionales, provinciales y municipales. Recordemos que a partir de 1991, se había puesto en marcha el Plan de Convertibilidad que ataba el peso nacional al dólar y que fue acompañado por la desregulación total de la economía, un proceso muy amplio de privatizaciones de las empresas públicas de servicios y de extracción de petróleo y un fuerte proceso de flexibilización de las condiciones de trabajo. Si bien las protestas se hacen sistemáticas y rutinizadas en el interior, todo el territorio nacional es el gran escenario y la ciudad capital presencié protestas propias y recibió las ajenas como el lugar significado por el poder estatal de la nación.

Una rápida caracterización de la protesta nacional de la década, la haremos en base a los datos generados por la Consultora de Investigación Social Independiente (CISI) que registró todo el período. De esos datos podemos concluir que la cantidad de “expresiones de conflictos” registrados



Gráfico 1

Fuente: Consultora de Investigaciones Sociales Independiente (2001)

En efecto, estos datos demuestran que de 1004 casos en el año 1991 pasaron al pico máximo de la década, 2121, en 1995 (año de la reelección de Carlos Menem), siendo 1996 el año de registro más bajo y luego se dibuja una curva ascendente hasta trepar cerca de 2000 expresiones de protesta, en los últimos años de la década. El informe nos dice que estos conflictos comenzaron con un gran peso de los gremios y sindicatos y luego fueron virando a actores sociales no agremiados (“vecinos”, “desocupados”, etc.). Las “huelgas” fueron acotadas aunque con paros generales más largos (pasaron de 24 hs a 48 hs); de las grandes movilizaciones se pasó a la toma de calles, puentes, rutas, caravanas de protesta y en la década aparecieron las nuevas “formas de protesta” como “escraches”, “encadenamientos” y “actos simbólicos”. En términos gremiales, la Central de Trabajadores Argentinos (CTA) aparece, después de 1996, como un actor importante y el conflicto se desplaza (siempre en términos cuantitativos) del Gran Buenos Aires y Córdoba a la Capital Federal y Jujuy. Un aspecto importante del trabajo del CISI es que más del 90% de las “expresiones de conflictos” tuvieron un carácter pacífico y, además, que el 93% no registra ninguna respuesta del demandado (Gonda, 2001, ver CISI).

2.1. La protesta en el interior del país

Como vimos, el interior del país sufrió las consecuencias de la política de corte neoliberal muy tempranamente. Pueblos enteros vieron como sus pobladores se quedaban sin trabajo por las privatizaciones de la empresa petrolera (Yacimientos Petrolíferos Fiscales), las nuevas condiciones para la agricultura deshabilitaban la integración de la pequeña y mediana explotación agraria que había caracterizado a la agricultura argentina durante todo el siglo XX. Comienza para el campo argentino el período en que las decisiones de producción, de las opciones tecnológicas (y por tanto los problemas de sustentabilidad y cuidado de los recursos naturales) y las divisas de exportación quedan en manos de las grandes transnacionales

(Monsanto, Novartis, etc.) (Véase Teubal y Rodríguez, 2002).

Estas imágenes agrarias de pequeños y medianos productores arrinconados, campesinos expulsados por nuevos inversores, trabajadores rurales y semiurbanos de pequeños poblados desocupados, coexistían con los problemas derivados del cambio de funciones del estado nacional y el traspaso de la educación, la salud, etc. a la responsabilidad provincial o municipal. En efecto, los problemas de la educación pública, los bajos salarios pagados a los maestros, el deterioro de los presupuestos para la salud, para el mantenimiento de las infraestructuras de caminos y puentes, se agravaron y llevaron a los poblados y pequeñas ciudades del interior a situaciones desconocidas por las actuales generaciones. El problema de las inundaciones en la región agraria más rica del país completó el panorama (véase *Le Monde Diplomatique*, n. 30, 2001). Es decir, en el interior, mientras comenzaba el incremento de la producción de cereales en todas las regiones (sobre todo la soja) reemplazando a cultivos tradicionales como las hortalizas o el algodón (en manos de pequeñas y medianas explotaciones), la población comenzaba a sentir las peores consecuencias del modelo neoliberal por un lado y por otro las exigencias de las transnacionales de convertir al país en un país monoprodutor de soja a gran escala.

Las poblaciones comenzaron a manifestarse en el espacio público en una clara expresión de rechazo a esta difusa y compleja política. Así, después de paros y marchas regionales, en 1993 los pequeños y medianos productores de todo el país marcharon hacia la Ciudad de Buenos Aires mostrando el estado en que estaba el campo y sobre todo sus sectores subordinados. Un año después, en 1994, estos sectores vuelven a marchar con todo el interior en lo que se conoció como la Marcha Federal.

Un momento muy importante para la protesta agrorrrural fue la aparición de las Mujeres Agropecuarias en Lucha en 1995, dando la pelea para no perder sus tierras hipotecadas por deudas contraídas algunos años

atrás. La metodología de lucha fue simple: cantar el himno nacional, rezar, impedir que el acto judicial se llevara a cabo. Pararon en estos años alrededor de 500 remates y se expandieron por todo el país. Fueron las primeras en instalar el problema del sector financiero en el país y en los primeros años lograron simpatías de muchos sectores pero poca repercusión en los gremios de los pequeños y medianos productores como es la Federación Agraria.⁴

En efecto, mientras los pequeños y medianos agricultores comenzaban a darse cuenta de que no tenían salida y de que no era una cuestión sólo de ellos y de sus familias, las viejas corporaciones del agro intentaban de una u otra forma mostrar que se trataba de una nueva “modernización” que requería un aumento en la escala de producción y “un esfuerzo” de los agricultores. La situación derivó en que en la Federación Agraria surgiera una corriente interna, Chacareros Federados, más cercana a las Mujeres Agropecuarias en Lucha que a la conducción de la Federación Agraria. Por otro lado, las grandes corporaciones como la Sociedad Rural Argentina, entraron en los procesos de privatización de puertos y ferrocarriles como socios privilegiados del modelo.

En 1996 se realizó el primer “corte de ruta” en la provincia sureña de Neuquén, en las localidades de Cutral-Có y Plaza Huincul, lugar donde YPF había reducido su planta debido al proceso de privatizaciones. Los cortes de ruta se repitieron en 1997. De este conflicto deriva la protesta docente de carácter nacional conocida como “Carpa Blanca” y los cortes de ruta en las provincias del Norte, Salta en las localidades de Tartagal y General Mosconi. Las luchas de estas localidades tienen un sentido muy similar a las del Sur pero se les suman otros actores sociales: trabajadores estatales, poblaciones indígenas, trabajadores rurales, etc. y son mucho más extendidas en el tiempo. En efecto, hubo cortes de ruta en Salta en

⁴ Estos argumentos sobre la escala de producción pueden encontrarse explícitos, hasta el cansancio, en los suplementos rurales de los principales diarios capitalinos. No resulta fácil oponerse a ellos por lo que significó la idea de “progreso” agropecuario en la sociedad argentina. Sin embargo la tecnología adoptada, es importada de países cuyos promedios de superficie de las unidades de explotación son varias veces menores a los del país. Pero el dispositivo comunicacional funcionó por muchos años y, una vez más, unas mujeres son las que vinieron a cuestionar aquello instalado en el sentido común.

1997, 1999, 2000, 2001 y 2002. En noviembre del 2000, los policías mataron al obrero desocupado Aníbal Verón y en 2001 murieron otras personas. Los desocupados obtenían planes sociales de bajos montos con los que comenzaban proyectos de tipo productivos comunitarios, sin abandonar la lucha hasta el día de hoy (véase Svampa y Pereyra, 2003).

Los años de elecciones nacionales fueron momentos de recrudescimientos de las protestas en general. En 1995, reelección de Carlos Menem, fue un año pico de protestas nacionales. En octubre de 1999 hubo nuevamente elecciones presidenciales y durante todo el año se registró un gran número de protestas. Las conceptualizadas como “agrorrurales” suman alrededor de 600.⁵ El marco general que desarrollamos en estas páginas, permite comprender la diversidad de actores que se reconocen en las protestas de 1999 (Cuadro 1). En efecto, podemos observar que aún cuando los “Productores agrarios” protagonizaron la tercera parte de las acciones, se registraron “Desocupados”, “Vecinos y Habitantes”, “Aborígenes” junto con los “Trabajadores rurales y agroindustriales”.

5 Estos datos resultaron de la investigación “Violencia y Ciudadanía” donde participaron investigadores de Brasil, Argentina, Chile y Uruguay y que tuvo como centro la Universidad Federal De Rio Grande do Sul bajo la coordinación de José Vicente Tavares dos Santos. Fueron presentados en el informe final de dicha investigación y en una ponencia en un seminario de CLACSO, en septiembre de 2002. Una anotación acerca de estas cifras: no son comparable con las que otorga CISI por razones metodológicas. La consultora toma como unidad de análisis “formas de acción”, independientemente de los “sujetos de la acción”. Nosotros tomamos “sujetos” es decir que si se trata de un mismo sujeto, aún cuando desarrolle varias formas de acción, lo contabilizamos como un solo registro. El gran valor de contar con los datos de CISI se basa en la permanencia del registro en el tiempo y la compatibilidad de las conceptualizaciones. Teniendo en cuenta que nuestras cifras son más “conservadoras” (reducimos la cantidad de protestas en comparación al informe) es interesante observar que las 600 protestas agrorurales son alrededor del 40% de las nacionales que registra el CISI.

Cuadro 1. Protestas agrorrrurales según sujeto de la acción. Argentina, 1999.

Sujetos de la Acción	Porcentaje
Productores Agrarios	32,4
Trabajadores municipales o provinciales	12,8
Vecinos y Habitantes	12,5
Trabajadores rurales o de agroindustrias	10,6
Desocupados	5,8
Familiares (de reclusos, de víctimas de delitos)	4,5
Aborígenes	3,7
Otros (Docentes, usuarios, reclusos, albañiles, jubilados)	17,7
TOTAL	100 (602)

Fuente: Banco de datos del Grupo de Estudios Rurales.

Consecuente con esta diversidad de actores es la diversidad en los “repertorios de protesta” (Cuadro 2). Podemos observar que junto a las clásicas “Movilizaciones” o “Paro Agrario” (el de julio de ese año fue muy importante), encontramos “Cortes de rutas/calles/puentes”, “Ocupación de espacios públicos o edificios”, “Paros de Remate”. Los “cortes de ruta” forman parte del repertorio de acciones del interior del país. Fueron utilizados en la gran protesta de los chacareros en 1912, conocido como Grito de Alcorta, y fueron acciones habituales de las Ligas Agrarias que en los años de 1970 movilizaron a campesinos y chacareros.

Cuadro 2. Protestas agrorurales según formas de acción. Argentina, 1999.

Formas de Acción	Porcentaje
Movilizaciones	19,5
Cortes de rutas/calles/puentes	17,2
Presentación de cartas, documentos, intimaciones, solicitudes y comunicados de prensa	17,5
Ocupación de espacios públicos o edificios	11,4
Asambleas, Plenarios, Reuniones	11,3
Paro Agrario	2,8
Paro de Remates	2,0
Otros (Paros, Repudios, Acciones Judiciales, Actos, Desobediencia Civil, Abrazo)	18,3
Total	100 (600)

Fuente: Banco de datos del Grupo de Estudios Rurales

Es interesante comprobar que cuando cruzamos “sujetos de la acción” por “Formas de la acción” observamos que cada “sujeto” utiliza un amplio repertorio de acciones, tanto las que forman parte de sus tradiciones de lucha (acciones modulares) como las nuevas formas aparecidas en los últimos tiempos. Así, por ejemplo, vemos que los “Productores Agrarios” utilizan el “paro” o las “Movilizaciones” pero también los “cortes de ruta/calles/puentes” que aparecen asociadas a los desocupados. Los “Aborígenes” están más acostumbrados a presentar sus reclamos por escrito pero también han realizado marchas y cortes de ruta.

Cuadro 3. Protestas agrorrrurales de productores según forma de acción. Argentina, 1999.

Formas de Acción	Porcentaje
Movilizaciones	17,2
Cortes de rutas/calles/puentes	19,8
Asambleas, plenarios, reuniones	19,3
Presentación de cartas, documentos, intimaciones, solicitudes y comunicados de prensa	21,9
Paro agrario	8,3
Paro de remates	4,2
Otros (acciones judiciales, paros no agrarios, ocupaciones públicas)	9,4
Total	100 (192)

Fuente: Banco de datos del Grupo de Estudios Rurales.

Cuadro 4. Protestas agrorrrurales de productores agrarios según tipo de reclamo. Argentina, 1999.

Reclamo	Porcentaje
Políticas económicas y defensa de economías regionales	76,7
Lucha por la tierra y/o la vivienda	4,7
Políticas públicas	6,7
Cuestiones ambientales	0,5
DD HH/Justicia	0,5
Demandas laborales / falta de trabajo	4,7
Deficiencias en servicios públicos	1,0
Otros	5,2
Total	100 (193)

Fuente: Banco de datos del Grupo de Estudios Rurales.

Cuadro 5. Protestas agrorurales de trabajadores agrarios y agroindustriales según forma de acción. Argentina, 1999

Formas de acción	Porcentaje
Movilizaciones	12,5
Cortes de ruta y/o calles	26,6
Ocupación de espacios públicos o edificios	23,5
Asambleas, plenarios, reuniones	7,8
Presentación de cartas, documentos, solicitudes y comunicados de prensa	12,5
Paro y estado de alerta sindical	10,9
Otros	6,3
Total	100 (64)

Fuente: Banco de datos del Grupo de Estudios Rurales.

Cuadro 6. Protestas agrorurales de trabajadores rurales y agroindustriales según tipo de reclamo. Argentina, 1999

Reclamo	Porcentaje
Políticas económicas y defensa de economías regionales	7,8
Demandas laborales / falta de trabajo	90,6
Lucha por la tierra y la vivienda	1,6
TOTAL	100 (64)

Fuente: Banco de datos del Grupo de Estudios Rurales.

Cuadro 7. Protestas agrorrrurales de aborígenes según forma de acción. Argentina, 1999.

Formas de Acción	Porcentaje
Movilizaciones	18,2
Cortes de ruta y/o calles	9,1
Asambleas, plenarios, reuniones	13,6
Presentación de cartas, documentos, solicitadas y comunicados de prensa	40,9
Acto	9,1
Otras (ocupación de edificio y acciones judiciales)	9
Total	100 (22)

Fuente: Banco de datos del Grupo de Estudios Rurales.

Cuadro 8. Protestas agrorrrurales aborígenes según tipo de reclamo. Argentina, 1999.

Reclamo	Porcentaje
Políticas de educación y salud	4,5
Derechos aborígenes	31,8
Lucha por la tierra y/o la vivienda	59,1
Políticas públicas	4,5
Total	100 (22)

Fuente: Banco de datos del Grupo de Estudios Rurales.

Encontramos una clara diferenciación en el “tipo de reclamo”: los “Productores agrarios” se concentran en aquellos que se basan en “Políticas económicas y defensas de las economías regionales” mientras que los “Aborígenes” se concentran en la búsqueda de sus derechos y la lucha por la tierra. Los cortes de rutas y otros espacios públicos concentran casi la mitad de las formas de protesta de los “Trabajadores agrarios y agroindustriales” quienes, además, piden por salarios y condiciones de trabajo.

La lucha por la tierra fue un reclamo que atravesó no sólo el año bajo estudio sino toda la década. Pero en esta Argentina agraria heterogénea, la tierra contiene un sentido polisémico. Es decir, tiene diversos significados para los distintos actores sociales. La tierra es un aspecto esencial de sus cosmovisiones para las poblaciones indígenas mapuches o kollas, por ejemplo. El mapuche o el kolla se sienten pertenecientes a la tierra y piden, básicamente, una reparación histórica a través de las leyes de recuperación de campos que pertenecieron a sus ancestros. Para los campesinos, por ejemplo para el Movimiento Campesino Santiagueño, la tierra forma parte de sus herramientas básicas de trabajo y luchan por acceder a ella. Mientras tanto, para las Mujeres Agropecuarias en Lucha, que accedieron a la tierra por herencia de sus padres o abuelos (generalmente colonos europeos), sus campos significan patrimonio familiares y luchan por no perderlos. Podríamos agregar a esta polisemia que para el terrateniente la tierra es una mercancía como cualquier otra.

La lucha por la tierra se combinó en estos espacios agrorurales de la Argentina con la lucha por el trabajo, la vivienda, la salud. Es decir, por derechos adquiridos en los procesos democratizadores del siglo XX y en peligro de perderlos en sus finales. Cuando la “ciudadanía” está en peligro de ser perdida, la protesta va en aumento.

Por último, querría señalar una protesta de la década, que a mi modo de ver tuvo contenidos y formatos semejantes a las nuevas protestas que se

dan a partir del 2001. Se trata de la lucha por la recuperación de la empresa de aguas y servicios de cloacas de Tucumán, privatizada en 1995 que ya adelantamos en la introducción de este trabajo. Cuando el consorcio francés-español “Aguas del Aconquija” se hizo cargo, la gente de los poblados del Sur de Tucumán comenzó a manifestarse contra la privatización por considerarlo un acto corrupto más del gobierno provincial y, decididamente, no aceptaron el aumento de las tarifas. Tuvieron como herramienta fundamental la desobediencia civil instrumentando el “no pago” de los servicios a la transnacional. Lograron en 1998 la retirada de la empresa y se convirtió en una protesta que en estos días atrae la atención internacional (véase el largo artículo que le dedicó el New York Times el 26 de agosto de 2002 y Giarracca y Del Pozo, 2003).

3. Algunas reflexiones a modo de conclusión

Querría reflexionar sobre dos órdenes de problemas: aquellos que se derivan del análisis de la protesta argentina de la década, ligándola con lo sucedido en los finales de 2001 y cuyas marcas son observables en el país actual, y aquel otro problema que enuncié en la introducción de este trabajo y que relaciona los procesos, acontecimientos y situaciones que se despliegan en América latina con los paradigmas de interpretación de nuestras disciplinas.

Las múltiples protestas, con o sin organizaciones sociales, durante toda la década del noventa, constituyen un aspecto significativo para comprender los acontecimientos del 19 y 20 de diciembre en la Argentina así como los nuevos sentidos de la política asamblearia en las calles porteñas, los barrios “piqueteros”, las fábricas recuperadas, de los tiempos posteriores. No obstante, lo que ocurrió desde finales de 2001 no se deriva, necesariamente, de la década; es decir, protestas, ajustes, pobreza, desempleo, pérdidas de derechos sociales, vaciamiento de la palabra por

parte de los políticos, etc., constituyen los escenarios, la “situación incompleta” de donde se deslizan los acontecimientos posteriores. Son antecedentes que permiten la comprensión, pero a *posteriori*, cuando ya los hechos ocurrieron. No los anuncian, constituyen a posteriori, las condiciones estructurales de la situación emergente.

Tampoco el fenómeno de la rebelión del 19 y 20 se relaciona con los intereses sociales particulares, como quedó claro que ocurre con la mayoría de las protestas de la década. En la rebelión de diciembre del 2001, intereses e identidades sociales fueron suspendidos en tanto la calle no la ganaron los desocupados, los obreros, o los ahorristas (como muchas veces se interpreta), sino que salen “pobladores” de la gran ciudad, ciudadanos “sin estado”, en una demanda que difícilmente se hubiese podido realizar a “un otro”, o, pensar que se podía llegar a cumplir: el famoso “que se vayan todos”. En esta enunciación política, polisémica y precaria, recaían los nuevos sentidos de esta rebelión. Una rebelión contra el corazón de la democracia liberal que acompaña al capitalismo de fin de siglo: la representación política. Se puso en duda la relación representantes-representados, se cuestionó la legitimidad de tal vínculo y lo que ocurrió en los meses posteriores fue una larga discusión acerca de lo que todo esto implicaba. La idea se expandió hacia toda representación posible y el pensamiento de una política a distancia del estado, también circuló tímidamente por las plazas, estaciones de tren y calles de la ciudad de Buenos Aires en lo que se recordará como las “asambleas barriales”.

La rebelión del 19 y 20 se llevó a cabo en diversos escenarios regionales. El interior del país donde se desarrollaban protestas iguales a las que describimos para 1999 (una ruta provincial en Tucumán estuvo cortada durante todo el 19 de diciembre de 2001 por los trabajadores de un ingenio reclamando salarios atrasados), en algunos municipios de Buenos Aires se estaban dando acciones explícitas contra los funcionarios y en todo el país se dieron durante el 18, 19 y 20 acciones de saqueos a supermercados. Este último tipo de acciones fueron las más cuestionadas pues hay razones para creer que detrás de las mismas estaba el aparato político

clientelístico del Partido Justicialista con el fin de apresurar la salida del gobierno de Fernando de la Rúa. No obstante no fueron estos saqueos, ni las protestas de las provincias, los que derivaron en la renuncia del presidente. Fue tal conjunción de hechos, que es imposible saber cuáles fueron los más importantes. No obstante, a mi entender, dos momentos son claves para la rebelión: la decisión presidencial de declarar el estado de sitio (en un país donde tal medida está relacionada con los gobiernos militares) y, aún más importante, la decisión de los porteños (habitantes de la ciudad de Buenos Aires) de no acatarlo, es decir de declarar una clara acción de “desobediencia civil”.

Los acontecimientos de esos días están documentados en varios trabajos (véase Colombo, 2002; Schuster, 2002; Giarracca y Teubal, 2003; Cheresky, 2002 entre otros), lo importante en este trabajo es poder diferenciar estas acciones, de carácter político (es decir sin que se jugaran intereses sociales sectoriales), de las acciones de las protestas de la década que tuvieron serias dificultades para encontrar los elementos universalizables que hubiesen habilitado un sentido general, público y político del accionar social. El país entró desde entonces en una crisis de legitimación profunda y con significativas consecuencias.⁶ Si bien durante 2002, las nuevas configuraciones políticas surgidas o resignificadas por la rebelión del 19 y 20 de diciembre fueron perdiendo la potencia inicial debido a razones complejas e imposibles de esbozar en este trabajo, las experiencias asamblearias, las 110 fábricas recuperadas, el movimiento social piquetero, marcan los diversos procesos actuales de múltiples formas aún no fáciles de aprehender y comprender.

Por otro lado, simultáneamente a los procesos de rebelión y experimentación política y cultural del 2002, las distintas poblaciones tuvieron que aceptar que debían seguir viviendo en medio de unas crisis que no sólo eran de carácter institucional sino que ponían a las mayorías

⁶ Cuando reviso esta ponencia para su publicación, en la Argentina ya se votó nuevo presidente después de un interregno ocupado por el senador Eduardo Duhalde. Un gobernador del sur patagónico, Néstor Kirchner, ganó con sólo el 22% de los votos la presidencia de la nación. Desde allí comienza una etapa para lograr consensos y apoyos con una política que intenta diferenciarse de sus antecesores. Está consiguiendo un alto grado de apoyo que es casi personal en consonancia con su estilo de gobierno; no obstante para las elecciones a gobernadores y legisladores de 2003 vuelve a marcarse la distancia de la población con una dirigencia política que insiste en prácticas y modos de gestión: frente al voto obligatorio se dan abstenciones entre 30 y 40% del padrón electoral y votos en blanco y anulaciones entre 3 y 10%.

en una infernal maquinaria de empobrecimiento, desde la devaluación que redujo los salarios al tercio de diciembre de 2001, los ahorros incautados, hasta la desaparición de puestos de trabajos etc. Los jóvenes que pudieron, optaron por una huida del país sólo comparable a los años del exilio político mientras que la deuda entraba en *default* y los diferentes grupos económicos se enfrentaban mostrando las peores caras del capitalismo neoliberal. Pero el gobierno de Duhalde (vicepresidente de Menem) ya no pudo negociar con el FMI en las condiciones que éste establecía, dejó de pagar la deuda, no pudo permitir ajuste de tarifas de las empresas privatizadas y condujo a una salida electoral en las mejores condiciones que el clima nacional le permitía y que su ministro de economía Roberto Lavagna colaboró a construir. El fenómeno producido alrededor de la figura de Néstor Kirchner, tiene que ver, también, con un país posterior al 19 y 20 de diciembre.

Mientras el sector agrario se convertía para el gobierno en el espacio que se podía gravar dadas sus ventajas en el comercio internacional (básicamente la soja), las demandas de los campesinos desalojados por los nuevos inversores, las chacareras endeudadas, los obreros agroindustriales despedidos, etc. con frecuencia caían en el saco roto de las autoridades estatales y, por otro lado, perdían las simpatías de las poblaciones urbanas enfrascadas en sus propios conflictos. Volvieron a circular demandas sociales agrarias en un contexto donde el campo se iba convirtiendo, según el dispositivo comunicacional del poder agrario-exportador, en el gran salvador de la nación (véase Domínguez, Lapegna y Sabatino, 2003). Los pueblos se empobrecían y las cifras de pobreza, hambre e indigencia, como vimos, alcanzaban cifras impensables en el otrora “granero del mundo”.⁷

7 Las políticas de carácter progresista del gobierno de Kirchner no alcanzan al sector agroalimentario. Mientras las críticas sociales al monocultivo sojero van en aumento, el gobierno tiene dos serias limitaciones para abordar el problema: 1) el campo paga retenciones a las exportaciones (vale tener en cuenta que muy por debajo de lo que corresponde) y, por lo tanto, aporta a las arcas del gobierno y 2) el equipo presidencial argumenta constantemente la idea del desarrollo económico basado en la “producción” desde una posición acrítica de las tecnologías, el deterioro medioambiental, etc. (ha vuelto atrás en muchas conquistas de la lucha ecológica de los últimos años). Por ahora no parece tener un gran costo por estas posiciones y esto es lógico por dos razones: 1) el país apenas está saliendo de un capitalismo netamente financiero y especulador, todo discurso “productivista” es apoyado y 2) porque en la Argentina se añoran las épocas de las modernizaciones productivas. El viejo recuerdo del “progreso ilimitado” (a cualquier precio) sigue funcionando como un fuerte imaginario social.

Para terminar, querría volver a los interrogantes que sostuve en la primera parte de este trabajo. Es decir, si estamos en condiciones de seguir el derrotero de todos estos acontecimientos de América latina y, además, qué tipo de herramientas tenemos para tal fin. Comparto la posición del sociólogo portugués Boaventura de Sousa Santos cuando sostiene que estamos en una doble transición paradigmática: la socio cultural y la epistemológica. Dice el autor

La transición epistemológica ocurre entre el paradigma dominante de la ciencia moderna y el paradigma emergente que designo por paradigma de un conocimiento prudente para una vida decente. La transición societal menos visible se da desde un paradigma dominante – sociedad patriarcal; producción capitalista; consumismo individualista y mercantilizado; identidades fortalezas; democracia autoritaria; desarrollo global desigual y excluyente- hacia un paradigma o conjunto de paradigmas de los que aún no conocemos sino las vibraciones emergentes de las que hablaba Fourier (2000, p. 16).

Mi propuesta a los sociólogos rurales de América latina es que nuestra disciplina debe reflexionar desde esta “apuesta” que se asienta en la idea de que estamos en momentos de pasajes, de transiciones y, consecuentemente, lograr una fidelidad a la misma que supone dudar de los viejos acompañantes teóricos metodológicos. Convivimos con viejos problemas pero que se resisten a las viejas soluciones. Pero también convivimos con situaciones inimaginables hace unas décadas, configuraciones económicas, sociales, culturales, ideológicas imposibles de comprender desde los viejos paradigmas de interpretación.

En Imperio, Negri y Hardt comienzan su novedosa construcción teórica sosteniendo que “*Nuestra hipótesis básica consiste en que la soberanía ha adquirido una forma nueva, compuesta por una serie de organismos nacionales y supranacionales unidos por una única lógica de dominio. Esta nueva forma global de soberanía es lo que llamamos ‘imperio’*” (2002, p. 11). Frente a una concepción tal, una dominación sin límites, sin espacios y tiempos definidos, le anteponen un social expandido a través de las resistencias, las luchas y los deseos de la multitud. Dentro de las numerosas críticas recibidas por el polémico trabajo, importan aquellas que muestran como los autores no pueden salir de la concepción ontológica de “totalidad” que, aunque en contradicción, se expresa siempre a si misma (Cerdeiras, 2003).

Para otras concepciones teóricas, más ligadas a los paradigmas liberales en la línea de Hanna Arendt, las protestas sociales son parte de las formas democráticas de gobierno y a partir de ellas pueden ampliarse los márgenes de los derechos individuales y sociales con total independencia de los modos de control económico (Schuster y Pereyra, 2001; Pérez, 2002). Una línea parecida sostienen Laclau y Mouffe (1987) cuando desde el concepto gramsciano de hegemonía, piensan la transformación ubicando la política como un modo -en diferencia- de expresarse lo social y recuperan la posibilidad de una democracia radicalizada. Para los pensadores dentro de la línea del francés Alan Badiou (1990), lo importante es recuperar la autonomía de lo político y considerar esta actividad humana dentro de los espacios de procedimientos de verdad, junto al arte, la ciencia y las relaciones amorosas, en las que es posible “la invención”, la creatividad. En tal pensamiento, si bien lo político puede darse en cualquier lugar de “lo social”, no todo social es político, lo político más bien, es la excepcionalidad de lo social.

Puede pensarse que entre “el acontecimiento”, la invención política de Badiou y la pura dominación de “Imperio” donde todo social se convierte en condición de resistencia, es posible pensar espacios sociales, económicos

donde por la intervención de un sujeto puedan darse nuevas producciones de sentido, nuevas subjetividades, aún dentro de un mundo que no para de extender su reproducción económica y su control social (y militar). En tal sentido, vuelvo a recuperar a De Sousa Santos en su concepto “campo de experimentación” cuando dice, “Hoy la esperanza reside en la posibilidad de crear campos de experimentación social donde sea posible resistir localmente las evidencias de la inevitabilidad, promoviendo con éxito alternativas que parecen utópicas en todos los tiempos y lugares excepto en aquellos en que ocurren efectivamente. Es este ‘realismo utópico’ que preside las iniciativas de los grupos oprimidos que, en un mundo donde parecen haber desaparecido las alternativas, se van construyendo, un poco por todas partes alternativas que tornan posible una vida digna y decente” (De Sousa Santos, 2000, p. 36)

Esta fugaz recorrida por estos pensadores contemporáneos a nosotros, que intentan asumir estos momentos de transiciones y pasajes de nuestro mundo actual y que toman distancias de las comprensiones que perdieron el sentido de radicalidad, sin el cual las ciencias sociales se transforman en un saber puramente técnico, tienen como finalidad abrir este espacio de reflexión como momento necesario de nuestra disciplina para acompañar toda la riqueza del momento latinoamericano actual. Los cambios en los niveles institucionales que mencionaba en la introducción, no pueden comprenderse sin las protestas, las rebeliones, los movimientos campesinos, indígenas, “los campos de experimentación” que recorren el continente. Y los cambios en los niveles de la agroalimentación, de los mercados laborales, de las migraciones, etc. tampoco pueden abordarse, desde nuestras disciplinas, sin integrar estos nuevos escenarios institucionales y las múltiples resistencias y experimentaciones de las poblaciones subalternas.

Referencias

BADIOU, Alain. Se puede pensar la política. **Buenos Aires: Nueva Visión, 1990.**

BASUALDO, E. y BANG, J. Los grupos de sociedades en el sector agropecuario pampeano. **Buenos Aires: FLACSO-INTA, 1997.**

CASSEN, Bernard. **Los efectos de la liberalización del comercio mundial.** En: Le Monde Diplomatique, año V, número 51, septiembre 2003.

CERDEIRAS, Raúl. **Las desventuras de la ontología. Biopolítica del imperio.** En: Acontecimiento, n. 24-25, Buenos Aires, mayo 2003.

CHERESKY, Isidoro. **Autoridad política debilitada y presencia ciudadana de rumbo incierto.** In: Nueva Sociedad, Venezuela, n. 179, mayo-junio 2002, p. 112-129.

COLOMBO, Ariel. **Estas rebeliones.** Disponible en www.forodesobedienciacivil.com. Acceso en 2002.

DOMINGUEZ, D.; LAPEGNA, P. y SABATINO, P. **Diagnóstico socioeconómico. Efectos de la agricultura industrial en el área de agricultura familiar.** Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Documento del Grupo de Estudios Rurales, 2003.

GIARRACCA, Norma y colaboradores. **La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país.** Buenos Aires: Alianza Editorial, 2001.

GIARRACCA, N. y Teubal, M. **Que se vayan todos. A decade of crisis and protest in Argentina.** En: Jilberto, Alex Fernández y Bárbara Hogengoom (Coord.). Good Governance in the Era of Global Neoliberalism: socio-economic conflict and depolitization in Asia, Africa, Latin America and Eastern Europe. Londres: Zed Press, 2003.

GIARRACCA N. y Del Pozo, N. **To make water...Water privatization and social Protest in Tucuman, Argentina.** In: Barnett, Vivienne et al. Swimming Against The Current: Integrated water resource management and gender in Latin America. EEUU: University of Pittsburgh Press, 2003. (En prensa)

GIARRACCA, Norma et al. **Territorios y lugares: Entre las fincas y la ciudad, Lules en Tucumán**. Buenos Aires: Editorial La Colmena, 2003.

HARD, M. y Negri, A. **Imperio**. Buenos Aires: Paidós, 2002.

LACLAU, E. y MOUFFE, Ch. **Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia**. España: Siglo XXI, 1987.

MURMIS, Miguel. El agro argentino: algunos problemas para su análisis. En: Giarracca y Cloquell (Comp.) **Las agriculturas del Mercosur. El papel de los actores sociales**. Buenos Aires: La Colmena-CLACSO, 1998.

PACARI, Nina. Taking on the neoliberal agenda. En: **NACLA. Report on the Americas**, v. XXIX, n. 5, march-april 1996.

PÉREZ, Germán. Modelo para armar: complejidad y perspectiva de la protesta social en la Argentina reciente. En: **Revista Argumentos**, n. 1, Revista del IIGG, Buenos Aires, diciembre 2002.

SANTOS, Boaventura de Sousa. **Crítica da razão indolente**. Porto: Afrontamento, 2000.

SCHUSTER, Federico. **La trama de la protesta. En: Cuadernos de coyuntura**, n. 4, Universidad de Buenos Aires, Instituto Gino Germani, 2002.

SCHUSTER, F. y PEREYRA, S. La protesta social en la Argentina democrática. Balance y perspectivas de una forma de acción política. En: Giarracca y colaboradores. **La Protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país**. Buenos Aires: Alianza, 2001.

SVAMPA, M. y PEREYRA, S. **Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras en Argentina**. Buenos Aires: Ed. Biblos, 2003.

TARROW, Sidney. **El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política**. Madrid: Alianza Universidad, 1997.

TEUBAL, Miguel y JAVIER, Rodríguez. **Agro y alimentos en la globalización. Una perspectiva crítica**. Buenos Aires: La Colmena, 2002.

Sociologías, Porto Alegre, ano 5, nº 8, jul/dez 2003, p. 250-283

Otras fuentes:

CISI - Consultora de Investigaciones Sociales Independientes. Informe "El conflicto social dentro del Plan de Convertibilidad. Argentina 1991-2000". Autor: Alejandro Gonda.

CENSO NACIONAL AGROPECUARIO DEL 2002.

LE MONDE DIPLOMATIQUE, Año III, n. 30, diciembre 2001.

NACLA: Report on the Americas, Vol. XXXIII, n. 5, march-april 2000.

VÍA CAMPESINA. Dirección electrónica: www.viacampesina.org

CEPAL. Dirección Electrónica: www.ecla.cl/

Resumen

La crisis institucional que se hace visible en la Argentina el 19 y 20 de diciembre de 2001 fue precedida por una década de protestas sociales. A diferencia de otros tiempos, en estos años estas acciones se fueron desplegando por todo el territorio incorporando a nuevos sujetos, nuevos repertorios de protestas, nuevas estéticas y nuevas demandas.

Este trabajo aborda estos procesos de transformación de la Argentina en el marco de las grandes transformaciones de América Latina que pueden visualizarse tanto desde los órdenes institucionales como desde las resistencias y movimientos sociales en los que los mundos rurales fueron escenarios significativos. Tanto los gobiernos de nuevo tipo, que se resisten a continuar con políticas neoliberales, como los movimientos de campesinos, indígenas, y de aquellos que demandan la preservación de los recursos naturales, van conformando escenarios que nos desafían a pensar las nuevas ruralidades y a reflexionar con que herramientas conceptuales abordamos todos estos procesos.

El caso de las transformaciones de la agricultura argentina constituye un escenario adecuado para comprender las múltiples resistencias de los actores de los espacios "rururbanos" (de mundos agrarios y pequeñas ciudades). Con datos para todo el país, se muestran las múltiples acciones colectivas en 1999 y se profundiza en algunas luchas.

Las reflexiones finales intentan articular las protestas sociales de la década de 1990 en la Argentina, con las rebeliones de 2001 y con las crisis posteriores. También se retoma la idea de que la sociología rural tiene que asumir y transitar reflexivamente estos relevantes momentos de transiciones, tanto socio culturales como epistemológicos.

Palabras claves: protestas sociales, movimientos campesinos e indígenas, América Latina, transiciones sociales y epistemológicas.